

EL LIBRO



AUTORA: ANTONIA TURUELO LÓPEZ (LEÓN)

PROCEDENCIA: SEGUNDO PREMIO DEL II CONCURSO DE RELATOS CORTOS
“AULACE-FORO FARO CEUTA”

GÉNERO: RELATO CORTO

***El libro es una voz viviente.
Es una inteligencia que nos habla
y que escuchamos***

Samuel Smiles

Lo pongo por escrito porque usted me lo pide. Me gusta la literatura. Me gano la vida en una editorial y, por trabajo o placer, me paso la mayor parte de mi vida leyendo. Pero nunca se me hubiera ocurrido contar mi historia por escrito. Me parece a mí que escribir es una cosa muy seria, que requiere mucho talento. Pero ya que usted insiste en que es una buena terapia...

Separo bastante bien mis lecturas dentro de la editorial (¡se lee cada cosa!...) de los libros por mí seleccionados, manoseados, ojeados, comprados y clasificados en las baldas de mi habitación. Y desde luego, jamás hubiera creído que un acontecimiento tan calamitoso tuviera cabida en un mundo real, fuera del ámbito fantasioso de lo puramente literario. Es inconcebible que un hecho tan absurdo haya conmocionado hasta tal punto mi existencia. Me ha trastornado la vida.

Me he enamorado de un libro

Como lo oye. No soy nada mitómana, acostumbrada a tratar con escritores de poca monta y muchas ínfulas, me considero curada de espantos. Si un libro me parece interesante estimo que su autor se ha ganado el sueldo. Más cobrará en royalties. Pero nunca leo una segunda obra del mismo autor. Me duele que se me defraude gratuitamente. Hay un macho que cuando copula, muere. Naturalmente no pretendería yo asesinar a Cela después de su *Pascual*.

Pero no quiero dispersarme. Le cuento todo esto para que vea que soy una persona bastante racional. *Fría*, dice mamá.

Soy soltera y vivo con mamá. Tengo dos hermanos mayores que se casaron nada más terminar la mili.

-La niña es tan sosita –decía mamá- y como no se dedica más que a los libros y... tampoco sabe sacar partido de lo que tiene...

Me quedé con mamá. Nunca tuve ningún novio. Acompañaba a mamá al rosario para descansar los ojos de los libros, y los domingos, en el 127 heredado, la llevaba al campo a que respirara el olor a eucalipto. ¡Mamá estaba tan sola!... Tenía a mis hermanos varones para consultarle las cosas importantes: los bancos, las rentitas... Pero tanto se hizo al ruido de mis llaves y al trastear de mis folios, a nuestros rosarios, a nuestros paseos, a aquel exhalar mentas y tomillos, aire puro y quietud. Que cuando pude no tuve corazón para dejarla.

No sé por qué cuando algo me perturba tengo que sacar a colación que vivo con mamá, como si quisiera culpabilizarla a ella de todos los contratiempos de mi vida. Algunas personas necesitamos nuestro demonio particular, alguien en quien descargar nuestros errores, que nos alivie del peso de las culpas. Que se haga cargo de nuestra perenne infelicidad. Y es que hay una especie de predestinación fatídica que se pega a ciertas pieles y les impide el más mínimo sosiego, el menor atisbo de conformidad.

Ahora me he enamorado de un libro. Si enamorarse de alguien inadecuado debe ser un contratiempo, enamorarse de un libro es una culpa, una falta, una desgracia, un acontecimiento ominoso en una vida honesta, juicios, *prosaica*, dice mamá.

Sí, verdaderamente es un hecho traumático, un suceso vergonzante. Me da rabia que de sopetón hayan cambiado mis costumbres, el orden de mi cabeza y de mi vida, tan metódica, tan organizada, tan disciplinada desde siempre.

De repente me ha entrado una prisa enfermiza por meterme en la cama con el sol (yo, que toda la vida me he acostado con el alba). Al amparo de las mantas abro el libro al azar y leo con fruición. Da igual del medio o del final, me lo sé de memoria. Luego acaricio con cuidado cada rincón de su piel y me voy adormilando, fuera del mundo, entre efluvios de metáforas y nubes olorosas rasgadas por papel de imprenta, tierno, virginal. Por el día lo llevo sobre mi pecho, rodeándolo con mis brazos; paso, continuamente, mis yemas sobre su

lomo, que se hace fuerte, duro, rígido, omnipotente como, supongo yo, son las cosas placenteras.

En el metro o esperando el autobús, introduzco mis dedos entre sus hojas, tibias y sedosas como las playas cubanas que tanto desearía conocer, pero adonde mamá, con su flebitis, no puede volar.

Buceo en cada rincón de su portada, exploro la rugosidad de cada letra, el misterio de cada signo, el canto indómito de sus esquinas. Extiendo mi palma sobre su costura mostrándoseme al ritmo lento de mis dedos. Rozo con mis labios las protuberancias de sus pastas, que se hinchan sin control, el canal abrasante de sus hojas afiladas, que me causan placer y dolor. Y algo mucho más terrible me causa leerlo: **DESCONCIERTO**. Las pequeñas miserias cotidianas se van diluyendo, lejanas, ajenas, mientras una nueva vida, inquietante, infinita, plena, parece acogerme por breves momentos. Casi puedo tocar el estadio de la espiritualidad, el conocimiento, la dicha. Puedo volar, viajar en el tiempo, atravesar astros, escudriñar países, agitar conciencias, parar guerras, aniquilar la maldad, restablecer la justicia...

Mamá suspira meneando la cabeza, me mira con conmisericordia (como antes: la niña es tan sosita), mientras yo mido el pasillo en las auroras calientes, de abajo arriba, de arriba abajo, las manos crispadas sobre las cubiertas poderosas, erectas, brillantes como cerezas recién cortadas.

La semana próxima, en *La Casa del Libro* firma ejemplares la autora de mi enamorado, viene a dar una conferencia sobre *El relato breve*. No voy a ir. Fíjese si se empecina en apuntarme a su taller literario, como ocurrió hace poco con su colega, la que comparte con ella ese Premio tan poco prestigioso como untuoso y, como a ella, se obstina en darme lecciones de técnicas narrativas y cómo hacer de mí una escritora, que por mucho que yo me defendía: *Si es que no tengo talento*, los cien euros de matrícula nadie me los levantó.

A mi edad, una decepción de tal calibre con mi primer amor sería irremediable, y aunque el autor y su obra son entes autónomos, dejes, que siempre acaba uno por identificarlos.

Mamá no sabe lo mío con el libro

ELLA PIENSA (nos adivinamos el pensamiento como los matrimonios de toda la vida y como ellos, siempre hay una más presta a adivinar y otro a dejarse complacer), piensa mamá:

Esta hija les tiene una envidia mortal a las escritoras, eso es lo que pasar. Ya su abuela era una envidiosota; siempre lo he dicho, clavadita a su abuela paterna, de pocas chichas y mal talante; la envidia la está consumiendo...

MAMÁ DICE que no esté tan lánguida, que qué son esas ojeras, que hay que animarse, si no, qué va a ser esto. Que el domingo tomaremos chocolate al volver del campo. Que la vida es así, uno no puede tenerlo todo, y yo la tengo a ella. Que me deje de fantasía. Que hay que tener paciencia. Y qué es eso de tirar el dinero, si contra la genética no hay psicólogos.

-Tú lo que estás es tonta – sonrío mamá quitando hierro al asunto.

Usted, ¿qué cree?...